

**Octave MIRBEAU**



***Los recuerdos  
de un pobre diablo***

Traducción de Amanda Granados

Société Octave Mirbeau

2013

## I

Según las normas literarias estas páginas que escribo no son una autobiografía.

Por haber vivido pobremente, sin alborotos, sin pasiones verdaderas, siempre solitario, aun en medio de mi familia, de mis amigos, incluso en medio de la muchedumbre con la que me codée por un instante, no puedo envanecerme y creer que mi vida pueda ofrecer el más mínimo interés, o el mas pequeño encanto para ser contada.

No espero, pues, de este trabajo, ninguna gloria, ningún dinero, ni el consuelo de pensar que pudiera conmover el alma de nadie. Y ¿quién en este mundo se preocuparía por el silencioso insecto que soy? Yo soy, en el mundo que me rodea con su inmensidad, una insignificante brizna. Voluntariamente, o de golpe, no lo sé, rompí todos los lazos que me ataban a la solidaridad humana ; rechazé la labor, útil o dañina, que le toca a todo ser vivo. No existo ni en mi mismo, ni en los demás, ni en el más mísero ritmo de la armonía universal. Soy esa cosa inconcebible y quizás única : ¡nada ! Tengo brazos, la apariencia de un cerebro, los rasgos de un sexo ; y qué ha dado todo esto, nada, ¡ni siquiera la muerte ! Y si la naturaleza me acosa tanto, es, probablemente, por que tardo, demasiado tiempo en devolverle ese montoncito de estiércol, esa fina pizca de porquería que es mi cuerpo, y de esas tantas formas, encantadoras, ¿quién sabe?... tantos organismos extraños que esperan nacer, para perpetuar la vida de los cuales, en realidad, yo no hago mas que interrumpirla. Poco importa entonces si lloré, si, ¡con mis propias garras, a veces surqué mi pecho ensangrentado ! ¿Qué importan mis lágrimas en medio del universal sufrimiento ? ¿Qué significa mi voz desgarrada de sollozos o de risas, en medio de ese gran lamento que sacude los mundos azorados por el impenetrable enigma de la materia o de la divinidad ?

Si he dramatizado esos pocos recuerdos de esa niñez, que fue la mía, no es para que me compadezcan, me admiren o me odien. Sé que no tengo derecho a despertar ninguno de esos sentimientos en el corazón humano. ¿Qué ganaría con ello ?

¿Es acaso la voz del orgullo supremo que me habla en estos instantes ?

¿Intento explicar y disculpar, con sutiles y vanas razones, la recaída del ángel que hubiera podido ser, a la mohosa, a la larva inmunda que soy ? ¡Ah, no ! ¡No tengo orgullo, ya no tengo ningún orgullo ! Cada vez que ese sentimiento me invade, no hago mas que levantar los ojos al cielo para alejarlo, hacia ese espantoso abismo del infinito, allí donde me siento más pequeño, mas inadvertido, mas infinitesimal que la diotomea perdida en el agua fangosa de las cisternas. ! Ah !... no, lo juro, no me queda ninguna dignidad. Al darle a esos pocos recuerdos una forma animada y familiar, he querido hacer más patente una de las prodigiosas tiranías, una las opresiones más envilecedoras de la vida – de la cual ¡por desgracia !, no soy la única víctima : la autoridad paterna. Ya que todos la han sufrido, todos la llevan en sí mismos, en la mirada, en la frente, en la nuca, en todas las partes del cuerpo donde el alma se revela, allí donde la emoción interior aflora con sus luces ensombrecidas, en deformaciones especiales, el signo característico, el espantoso empujoncito de la inicial e imborrable educación de la familia. Me parece, además, que mi pluma, que rechina sobre el papel, me distrae un tanto del miedo de esas vigas, de donde algo más pesado que el cielo del jardín pesa sobre mi cabeza. Además, aún tengo la impresión de que las palabras que escribo se convierten en seres, en personajes vivos, en personajes que se mueven, que hablan, que me hablan – ¡oh ! ... Logra concebir usted la dulzura de esa cosa incomprensible ! – ¡que me hablan !...

Quise a mi padre, quise a mi madre. Los quise hasta en sus rídiculeces, hasta en su maldad hacia mí. Y, hasta el momento en que confieso este acto de fe, desde que ambos están allá, bajo la humilde piedra, carnes pestilentes y rebosantes de gusanos, los quiero, los amo aún más, los quiero y los amo con todo el respeto que perdí. No los hago responsables, ni de las miserias que de ellos heredé, ni del destino indecible que su perfecta y tan honesta falta de inteligencia me impuso como un deber. Fueron como lo son todos los padres, y no puedo olvidar que ellos mismos sufrieron, cuando niños, lo que me hicieron sufrir a mí. Legado fatal que nos transmitimos unos a otros, con una constante e inalterable virtud.

La culpable de todo es la sociedad que no encontró nada mejor, para legitimar sus actos y consagrar, sin control, su poder supremo, sobretodo para mantener al hombre esclavizado, que instituir ese mecanismo admirable de embrutecimiento : la familia.

Todo ser, más o menos bien constituido, nace con facultades dominantes, con fuerzas individuales, que corresponden exactamente a una

necesidad o a una disposición de la vida. En vez de procurar desarrollarlas, en un sentido normal, la familia no tarda mucho en reprimirlas y destruirlas. No produce más que degradados, rebeldes, desequilibrados, desgraciados, lanzándolos, con un maravilloso instinto, fuera de su seno ; imponiéndoles, gracias a su autoridad legal, gustos, funciones, acciones que no son las suyas, y que no se convierten ni siquiera en alegrías, lo que debería ser, sino en un insoportable suplicio. ¿Cuántas personas, en la vida, encuentra Ud que estén en adecuación consigo mismas ? Sentía un amor, una pasión por la naturaleza, raros en un niño de mi edad. ¿Y no era acaso éste un signo de elección ? ¡Oh...a menudo me lo pregunté ! Todo en ella me interesaba, me intrigaba. ¡Cuántas veces me quedé, durante horas enteras, delante de una flor, buscando, en oscuros y confusos tanteos, el secreto, el misterio de su vida ! Observaba las arañas, las hormigas, las abejas, las maravillosas transformaciones de las orugas, presa de intensas alegrías, entreveradas también por la horrible incertidumbre de no saber, de no conocer. A menudo, le hacía preguntas a mi padre ; pero mi padre no me contestaba nunca y siempre me tomaba el pelo.

– ¡Qué extraño eres ! Me decía. ¿A dónde vas a buscar lo que me cuentas ?... Pues bien, las abejas son las hembras de los abejorros, así como las ranas son las hembras de los sapos... y ellas pican a los niños perezosos... ¿estás contento, ahora ?

A veces era mas lacónico.

– ¡Ya, no me molestes con tus eternas preguntas ! Y a tí, ¿qué te puede importar eso ?...

No tenía ni libro ni a nadie para guiarme. Sin embargo, nada me desanimaba y era, creo, algo realmente conmovedor, esa lucha de un niño contra la formidable e incomprensible naturaleza. Un día que excavábamos un pozo en la casa, concebí, pequeño e ignorante como era, la ley física que determinó el descubrimiento de los pozos artesianos.

A menudo, en mis constataciones diarias, me impresionaba ese fenómeno de la subida de los líquidos en los vasos comunicantes. Por simple razonamiento, apliqué esta teoría innata y aun confusa en mi mente, a las capas de agua subterráneas y **concebí, claro, con una explosión de genio precoz, la posibilidad de un brote de agua** de la fuente, a través de una

perforación, en un lugar determinado en el suelo.

Le anuncié este descubrimiento a mi padre. Se la expliqué lo mejor que pude, con un aflujo de palabras y de gestos, que eran nuevos en mí.

– ¿Qué es lo que me estás diciendo ? exclamó mi padre... ¡Pero si es el pozo artesiano lo que has descubierto, especie de ignorante !

Aun veo la sonrisa irónica que se plegó en su rostro lampiño y que me humilló profundamente.

– No sé, balbuceé... te lo pregunto...

– Pero, borriquito, ¡los pozos artesianos fueron descubiertos hace tiempo !... ¡Ah ! ¡ah ! ¡ah ! ¡ Apuesto a que, mañana, descubrirás la luna !...

Y mi padre lanzó una carcajada. ¡Cuánto daño me hizo esa risotada !

En eso llegó mi madre. Ella tampoco fue indulgente conmigo.

– A qué no sabes, le dijo mi padre !... Nuestro hijo es un gran hombre ! ¡El chico acaba de descubrir los pozos artesianos !... ¡ te lo juro !

– ¡Oh... qué imbécil ! – chilló mi madre... Sería mejor para él que se aprendiera la lección de Historia Sagrada....

Luego fue el turno de mis hermanas que acudieron, con sus rostros puntiagudos y llenos de curiosidad.

– Señoritas, feliciten a su hermano... ¡Es un gran inventor !... ¡Acaba de descubrir los pozos artesianos !

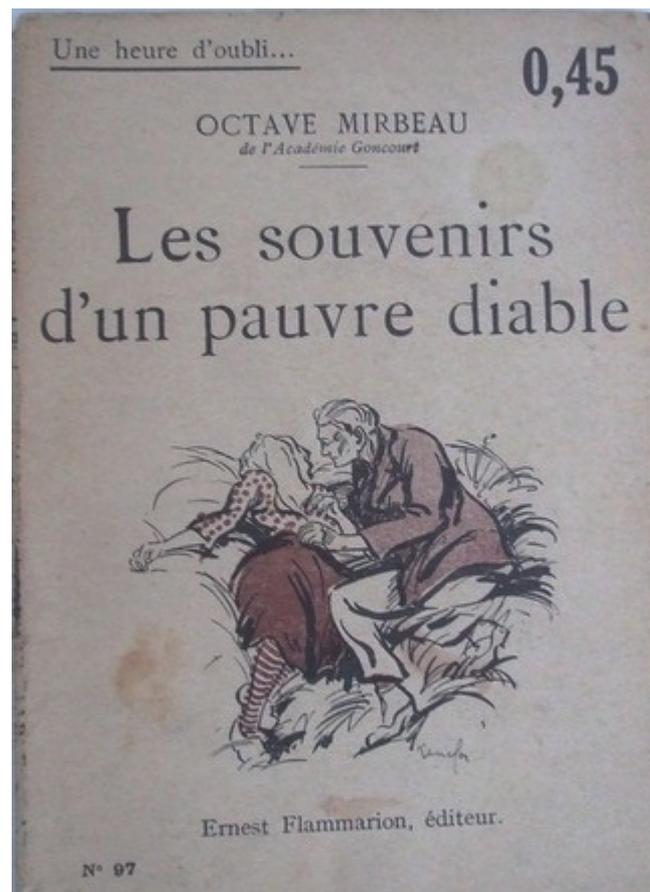
Y mis hermanas, esas desagradables y malvadas perras, ladraron, y con muecas y sacándome la lengua:

– ¡ Ya no sabe qué inventar para hacer el ridículo ! ¡Tonto, tonto, tonto !...

Luego, por fin, los amigos, los vecinos, todo el pueblo, supieron que yo había descubierto un medio para excavar los pozos, como cuando uno hunde una cuchara en un bote de mantequilla. Y en torno de esta pobre

personita humillada, hubo carcajadas desdeñosas y burlas, que duraron un buen tiempo. Sentí pesar sobre mí la desconsideración de toda una ciudad, como si hubiese cometido un crimen.

Y estuve a punto de morir de vergüenza.



## II

En mis estudios no fui mas allá de la escuela primaria, en donde, debo reconocerlo, nunca saqué buenas notas. Mi padre le había declarado al maestro, a quien me había confiado, que yo era cabeza dura y que no lograría nada de mí. Este se ciñó respetuosamente a esta opinión, y ni siquiera intentó una sola vez darse cuenta de lo que podía encontrar detrás de esa estupidez que me atribuía, con tanta seguridad, la autoridad paterna. Y, obviamente, esta opinión bien comprobada y proclamada de manera indiscreta, me convirtió en el hazmerreir de mis compañeros, como lo había sido para mi familia.

En un momento, se pensó en mandarme al colegio ; pero, mirándolo bien y sopesados los motivos, se decidió que ya me habían enseñado lo suficiente.

—¡Es demasiado tonto para ir al colegio !... decía mi madre... No tendremos más que molestias.

— ¡Mortificaciones !... agregaba mi padre, a quien le gustaban las palabras grandilocuentes.

— ¡Sí ! ¡Sí ! ¿ Y qué haría en el colegio ? Nada, ¡Claro ! ¡Es dinero tirado por la ventana !

Consultadas mis hermanas ya que, demostraban tener una precoz sensatez para todo, chillaron :

— ¡Ir al colegio !...¿él ?....¡ah, el imbécil !

Por otro lado, no querían que me quedara todo el día, en casa en donde provocaba una irritación constante, sobretodo después del desgraciado invento del pozo artesiano.

Veía claramente, en los ocho ojos de mi familia, el temor a que descubriese algo más extraordinario aún ; y, para quitarme la idea de la cabeza, no pasaba un día sin que me mencionaran, con amargura, con pesadas ironías y constantes humillaciones, el recuerdo de esta ridícula

aventura. Ya no tenía el derecho, so pena de recibir duras reprimendas e intolerables burlas, de hacer un gesto, ni de tocar un objeto ; yo era el culpable de los disgustos que habían, de la lluvia, del granizo, de la sequía, de la podredumbre de las frutas, y estaba dispuesto a aceptar, como una liberación, todo lo que la fantasía descabellada de mis padres les sugería, teniendo en cuenta mi futuro, según decían. ¡ Mi futuro !

Entonces decidieron que me fuera a trabajar con el notario como « sub-sub- secretario », extraña y nueva función que el escribano no dudó en inventar, en consideración por la amistad que lo unía a nuestra familia.

– Ya veremos luego, concluyó mi padre... Lo importante, hoy, es ponerle un pie en el estribo...

Mis hermanas se casaron con algunos meses de diferencia, y poco después de mi ordenación en el notariado. Se casaron con seres vagos, extrañamente estúpidos, de los cuales uno era recaudador de impuestos, y el otro no sé qué. No, en realidad, no sé qué más. A penas si les hablaba, y los trataba como a transeuntes.

Cuando entendieron que yo no contaba para nada en la familia, me descuidaron totalmente, ambos me despreciaron por esa debilidad mía, por mis gestos solitarios y torpes, por todo lo que yo era, y ellos, no.

Eran bastante vivarachos, ruidosos y jactanciosos, acostumbrados a vivir en la pesada, en la asfixiante tontería de los pequeños bares de pueblo. Allí habían aprendido y habían mantenido ademanes especiales y técnicos. Por ejemplo, al caminar, ponían un brazo delante, saludaban, comían, parecían siempre como si estuvieran jugando al billar, preparando efectos retrogradados, importantes y difíciles. Y naturalmente, les habían ocurrido aventuras maravillosas, espeluznantes historias, en las que se habían comportado como héroes. En la familia y en el pueblo, parecían ser excesivamente distinguidos.

– ¡ Qué felices que son ! – exclamaban algunos envidiando a mis hermanas.

El recaudador de impuestos había comenzado, como funcionario, en un pequeño cantón en los Alpes. Allí había cazado el rebeco, lo que lo convertía en un personaje admirable, coronado con una aureola de leyenda y

de misterio. Cuando contaba sus hazañas, hacía la mímica con gestos formidables en los abismos negros, en las altas cimas, de los guías intrépidos, y de los rebecos saltadores ; mi hermana, en extásis, escalaba las puras, las embriagadoras, las infinitas cumbres del amor. ¡Vaya si era fea !

El otro no había cazado el rebeco, pero había practicado el salto de obstáculos y aún continuaba practicándolo. Los saltaba con tal audacia, una elasticidad tal, que hacía latir el corazón de mi otra hermana como si su novio hubiese tomado por asalto una ciudad, desbandado los ejércitos y conquistado pueblos. El domingo, cuando dabamos un paseo, de golpe, cuando veía un obstáculo, interrumpía la charla, tomaba impulso, saltaba y volvía saltar el obstáculo ; luego, se volvía hacia nosotros, nos desafiaba uno por uno.

– ¡Haz lo mismo !

Me hablaba con una insistencia que parecería muy espiritual y de buen gusto.

– ¡Vamos! ¡ Inténtelo! ¡Haga lo mismo que yo !

Y soltaban carcajadas.

– ¡Oh ! ¡Él ! ¡ Pero si él no sabe hacer nada !... ¡ Ni siquiera sabe correr !...¡ni siquiera sabe caminar !...

Entonces, hasta el anochecer, había que escuchar el relato – como si fuera una epopeya – de todos los obstáculos que había saltado, de las barreras tan altas como casas, como los robles, como las montañas – y de las barreras verdes, rojas, azules, blancas y de las tapias y de las cercas vegetales... Mientras relataba, se tocaba el jarrete, lo ponía tieso, lo ponía en acción, orgulloso de sus músculos... Mi otra hermana también desfallecía de amor, arrastrada, por el heroísmo de este incomparable jarrete, en un ensueño de sublimes y temibles alegrías.

Los encontraron, una tarde, en el banco debajo del toldo, a mi hermana medio pasmada, entre los jarretes de su novio. Hubo que adelantar la fecha de la boda.

Y recuerdo esas escenas horribles, de esas repugnantes y horribles escenas, por la noche, en el salón, con la luz sin brillo de la lámpara, que iluminaba, con un fulgor trágico, con un fulgor de crimen, casi, esos extraños rostros, esos rostros de locos, esos rostros de muertos. Una vez vino la madre del recaudador de impuestos para arreglar las condiciones del contrato y el encargo del ajuar de novia. Ella lo quería todo y no quería dar nada, peleándose por cada prenda de manera aspérea ; su rostro se arrugaba con pliegues amargos, recorría a mi hermana con esa mirada aguda, de odio y repetía sin descanso :

– ¡Pues claro que no ! ... ¡No habíamos dicho eso!... ¡Nunca se habló de eso !... ¡Un chal de la India !... ¡Pero eso es una locura !... ¡Nosotros no somos príncipes de sangre azul !...

Mi padre que había cedido sobre muchos puntos estalló, cuando la anciana protestó por el chal de la India.

– ¡ Es posible que no tengamos sangre de príncipes ! – dijo con dignidad... Pero somos gente de bien, personas honorables... Tenemos una situación, un rango... Le prometió un chal de la India... Usted le regalará el chal de la India.

Y, con voz categórica, agregó :

– ¡ Se lo exijo !... He podido hacer algunos sacrificios por la dicha de estos jóvenes... ¡ Pero esto... ¡ se lo exijo !

Se levantó, se paseó por el salón, con las manos cruzadas detrás de la espalda, agitando los dedos con un movimiento de cólera... Hubo un momento de dramático silencio.

Mi madre estaba muy pálida ; mi hermana tenía los ojos hinchados y un nudo en la garganta. El recaudador de impuestos ya no pensaba en las gamuzas y miraba fijamente y con molestia una cromolitografía, colgada en la pared, enfrente de él.

La anciana volvió a hablar :

– Y de qué puede servir esto a todos nosotros que esta joven tenga un

chal de la India si no tiene ni para comer.

– ¡ Mi hija !... ¿nada qué comer ? – la interrumpió mi padre, que se plantó derechito y casi amenazador delante de la anciana, cuyo rostro se arrugó de manera poco noble... Y ¿ quién piensa que soy yo, Señora ?

Pero ella se obstinó :

–¡ Un chal de la India !... ¡Habrase visto ... ¿Sabe Usted solamente cuánto cuesta ?

– No tengo por qué saberlo, Señora... lo único que sé es que ¡lo prometido es lo prometido !

Mi madre, que estaba cada vez más pálida, intervino :

– Señora... ¡Eso es lo que se acostumbra !... ¡Un ajuar es un ajuar !... No le hemos pedido uno de encaje, aunque en nuestra posición, bien podríamos exigir también un chal de encaje... ¡Pero el chal de la India !... Veamos, Señora, ¡ las hijas de los tenderos también los llevan !...¡No sería este un matrimonio serio !

La anciana, que no encontró más que argumentar, dio un golpe en el velador con su mano reseca.

– ¡Pues no ! gritó, no le daré ningún chal de la India... Si Ud desea un chal de la India, Ud se lo paga... ¡Habrase visto !... ¡No tengo más nada que decir !

Mi hermana con los ojos llenos de lágrimas, no pudo aguantar más. Sollozó, se ahogó en su pañuelo, con un doloroso hipo y era tan lamentablemente fea que aparté la vista para no verla.

– ¡Yo no quiero... un chal... de la India !... – gemía... ¡Me quiero casar ! ... ¡Me quiero casar !

– ¡Hijita ! – exclamó mi padre.

– ¡Mi pobre niña ! – exclamó mi madre.

– ¡Señorita ! ¡ Señorita ! – exclamó el recaudador de impuestos, cuyos brazos iban y venían como si hubiera lanzado un largo taco en una mesa grande de billar.

Entre hipidos y sollozos, mi hermana suplicaba casi sin voz, con una voz apagada en el húmedo paquete de su pañuelo :

– ¡Me quiero casar !... ¡ Me quiero casar !

Se la llevaron a su habitación... Ella se dejaba llevar, como si fuera una cosa inerte, repitiendo :

– ¡Me quiero casar !...¡Me quiero casar !

Y fue sobre mí sobre quien mi familia descargó su cólera. Mi padre que de golpe se percató de mi presencia, me dio una bofetada y enojado, me empujó fuera del salón.

– Y ¿tú por qué estás aquí ?.., ¿ quién te pidió que vinieras ?... Es tu culpa lo que pasa... Vamos, vete ya...

Así, de esta manera, se terminaban todas las escenas.

Mi hermana se casó, sin el chal de la India ; luego se fue. Mi otra hermana también se casó, sin chal de la India, y luego se fue... y no volví a escuchar más el chillido de mis hermanas.

Un silencio se apoderó de la casa. Mi padre se volvió triste. Mi madre lloró, ya no sabía que hacer a lo largo del día. Y los canarios de mis hermanas, uno tras otro, abandonados en sus jaulas, se murieron.

Y donde el notario, yo copiaba los roles y miraba divertido, el desfile de los guardapolvos y de los zuecos, de todas las pasiones, de todos los crímenes, de todos los asesinatos que soplan en el alma de los hombres, en el alma homicida de la tierra.

### III

Nací con el don fatal de sentir las cosas de manera intensa, de sentirme dolido, hasta el ridículo. Desde mi más tierna infancia, le daba al mínimo objeto o cosa inerte, formas supervivientes, en movimiento y en pensamiento. En mi mente guardaba cantidades de imágenes irrespetuosas y **desconsoladoras** impropias de mi edad, sobre mi padre, mi madre y mis hermanas. A estas cualidades excepcionales, otros le hubiesen sacado partido más tarde, a mí en cambio, no me hicieron más que sufrir y me incomodaron toda la vida.

Al igual que poseía una sensibilidad superaguzada por la ironía, era también bastante tímido... lo era tanto que no me atrevía a hablarle a nadie, ni siquiera a mi padre, quien me había quitado las ganas de hacerlo, ni siquiera al viejo Tom, el perro de mi padre, que como todos los de mi familia participaba en el rechazo y el miedo, puesto que el también fingía no entenderme.

No ser comprendido por un perro, ¿no es acaso la última palabra del desamparo moral? Así pues había terminado por guardarmelo todo para mí. Apenas si respondía a lo que me preguntaban. A menudo, sin ninguna razón, no contestaba más que con lágrimas. De veras, no tuve suerte. Crecí en un medio totalmente desfavorable al desarrollo de mis instintos y de mis sentimientos. No pude querer a nadie, yo que por naturaleza propia estaba destinado a querer mucho y a mucha gente. Como no me era posible amar a alguien, yo disimulaba y de esta manera creí hacer derramar el exceso de ternura que ardientemente llevaba en mí. A pesar de mi timidez, yo fingía ser efusivo, estar entusiasmado, me enloquecí dando abrazos que me divertieron y me aliviaron por un instante. Pero el onanismo no es el amor. Lejos de calmar los ardores genésicos, los alborotaba y los hacía desviar hacia mi insatisfacción.

Algunos meses después del casamiento de mis hermanas, me dió la fiebre tifoidea, que se complicó con una meningitis y de la que, por milagro, me curé. La enfermedad volvió liquido, de alguna manera, mi cerebro. Cada vez que movía la cabeza, me parecía que un liquido se movía entre el tabique de mi cráneo, como cuando se sacude una botella. Todas mis facultades se detuvieron momentáneamente. Viví en la vacuidad,

suspendido y acunado en el infinito, sin punto de contacto alguno con la tierra. Permanecí un buen rato en un estado de entumecimiento físico y de descanso intelectual, suave y profundo como la muerte. Siguiendo los consejos del médico, mis padres, preocupados y avergonzados por mí, me dejaron tranquilo, decidiendo que no regresaría donde el notario. Esa fue para mí una época de dicha absoluta, y de la cual solo hasta hoy tengo verdaderamente consciencia. Durante más de un año, saboréé la dicha inmensa – nada comparable con las de hoy –, la inmensa paz de no pensar en nada. Echado sobre una tumbona, con los ojos cerrados a la luz, como en un féretro, sentía la sensación del descanso eterno. Pero la carne renace rápido en las heridas infantiles, los huesos fracturados se vuelven a pegar por ellos mismos ; los organismos de los jóvenes se recuperan rápidamente de los quebrantos que les han afectado ; la vida ha saltado prontamente los obstáculos que detenían un momento el torrente de sus jugos. Recuperé las fuerzas y, una vez ya reestablecido, paulatinamente volví a convertirme en la víctima de la educación familiar, con todo lo que eso conlleva en deformaciones sentimentales, en lesiones irreductibles y en extravagantes vanidades.

Así entonces, cada día, a cada minuto oía a mis padres hablando de cosas que yo había hecho o que no había hecho, diciendo con tono, a veces irritado, a veces compasivo : « ¡Qué tristeza !... ¡No entiende nada !... ¡ Nunca comprenderá nada !... ¡Qué horrible desgracia la nuestra con esta meningitis ! » Y miraban con asombro, durante las comidas en silencio, pero sin atreverse a reprochármelo – ya que eran gente honesta, según la ley – los pedazos que devoraba con avidez y que sabían muy bien que no serían retribuidos por ello.

En lugar de que mi sensibilidad hubiese disminuido por el mal que tan íntimamente aquejaba mis tuétanos, ésta aumentó de forma exagerada hasta convertirse en una especie de agitación nerviosa. Cuando mi padre, me preguntaba repitiendo despreocupadamente como un loro : « ¿ Dormiste bien, esta noche ? », yo lloraba hasta perder la respiración, hasta ahogarme. Con lo cual, mi padre, que era un hombre experimentado, se sorprendía muchísimo. Ese mutismo eterno, entrecortado de vez en cuando con llantos sin explicación, parecía un incurable embrutecimiento, y mi familia no lograba aceptarlo. Todo fue para mí un sufrimiento. Buscaba un no sé qué en la pupila de los hombres, dentro de los cálices de las flores, de formas tan cambiantes, tan múltiples en la vida, y gemía al no encontrar nada que correspondiera a esa vaga, oscura y angustiante necesidad de amar que

llenaba mi corazón, henchía mis venas, tensionaba toda mi carne y mi alma toda hacia **inestrechables** abrazos e imposibles caricias.

Una noche, en que no lograba dormir, abrí la ventana de mí cuarto y, apoyando los codos sobre la barandilla, miré el cielo, encima de un jardín inundado por la oscuridad. El cielo era color malva, de un malva tan suave, puro, dulcemente radiante, y, en ese malva, brillaban millones de estrellas. Por primera vez, tuve consciencia de esta inmensidad color de flor, que intentaba sondear – ¡parece cómico ! – con esa mediocre mirada infantil, y que me dió la sensación de que me aplastaba completamente. Sentí pánico de esas estrellas tan mudas, cuyas intermitencias retrazan aún más, sin aclarar nunca el loco misterio de lo inconmensurable. ¿Quién era yo, tan minúsculo, en medio de esos mundos ? ¿De dónde venía ? ¿Y para qué ? ¿A dónde iba, mísero filamento, átomo imperceptible perdido en ese tranquilo torbellino de impenetrables armonías ? ¿ Y quiénes eran mi padre, mi madre, mis hermanas, nuestros vecinos, nuestros amigos, los paseantes, todo ese polvo viviente, toda esa minúscula manada de insectos arrastrada por yo no sé qué cosa y qué no sabe hacia dónde va ? No había leído a Pascal – aún no lo había leído – y, cuando más tarde, esta frase que cito de memoria, cayó en mis manos : « No sé quién me trajo al mundo, ni lo que es el mundo, ni lo que yo mismo soy. Ignoro totalmente todas estas cosas », yo temblaba de alegría y de dolor, al ver expresados, de forma tan clara y completa, los sentimientos que me habían agitado esa noche.

Toda esa noche, me quedé apoyado contra la ventana abierta, sin moverme, con la mirada perdida en ese terrible cielo malva, y con un nudo en la garganta por los sollozos que, sofocándome, llenaban mi pecho queriendo escaparse. Pero por fin amaneció. Llegó el alba y, con ella, la vida que disipa los sueños mortecinos y que cubre con los ruidos familiares el silencio opresivo del infinito. Las puertas se abrieron, las contraventanas chocaron contra las paredes, una urraca voló desde un manojito de aleñas, los gatos saltaron en la hierba mojada, de regreso de sus cazerías nocturnas. Ví a la cocinera que barría el umbral de nuestra casa; ví a mi madre bajar hasta el jardín, tender sobre la hierba unas ropas burdas y unos paños de lana oscura. Desde la ventana donde la observaba, era lamentablemente repelente. Su silueta arisca amargaba el despertar tan fresco y puro de la mañana ; las florecillas del césped se sentían ofendidas con su sucio gorro de dormir y su blusa arrugada. Su faldón negro, mal amarrado a las caderas, chapoteaba encima de unas infames chancletas que arrastraba en la hierba, parecidas a repugnantes sapos. Tenía una nuca desagradable, un perfil duro,

un cráneo obstinado. Nunca nada de maternal había estremecido ese cuerpo deforme. Primero que todo, el verla me irritó, era como ver una mancha sobre una bella tela de seda clara. Y luego, sentí una inmensa piedad por ella, que me hizo fundir en lágrimas. Me hubiese gustado, a fuerza de besos y de caricias, hacer entrar en ese cráneo, bajo ese gorro, un poco de la claridad de esa virginal mañana. Bajé al jardín y corriendo hacia mi madre, me tiré en sus brazos :

– ¡Mamá !... ¡Mamá !... ¡Mamá !... – le imploraba... ¿ Por qué no miras las estrellas por la noche ?

Ella lanzó un grito, asustada por mi voz, mi mirada, mis lágrimas y, desprendiéndose de mis brazos, se fue huyendo.

Ese día, acompañé a mi padre al entierro de un antiguo granjero que yo casi ni conocía. En el cementerio, durante el desfile delante de la fosa, me embargó una extraña tristeza. Huyendo del gentío que se precipitaba y se peleaba por el aspersorio, me fuí corriendo a través del cementerio. Me tropezaba con las tumbas y lloraba como queriendo partirle el corazón al sepulturero. Mi padre me alcanzó.

– Y entonces, ¿ qué te pasa ?... ¿Por qué lloras ?¿ Por qué te marchas ?... ¿Estás enfermo ?

– No lo sé, gemía... No puedo...

Mi padre me tomó por la mano y me trajo de vuelta a casa.

– Veamos- razonaba. ¿ Tú conocías al tal Julien, no ?

– ¡No !

– Por lo tanto, ¿ tú no lo querías ?

– ¡No !

– Entonces, ¿qué te pasa ? ...¿ Por qué lloras ?

– No lo sé...

– ¡Entonces, mirame ! Yo si que conocía al tal Julien... Era un hombre que pagaba puntualmente sus arriendos. Su muerte me deja en un gran aprieto. Tal vez no encuentre nunca más a un granjero como él... ¡ pues bien ! ¿Acaso estoy yo llorando ?

Y, después de un silencio, con voz más severa, mi padre agregó :

– No está bien lo que haces. Ya no sabes que inventar para mortificarme... !Esto me pone rabioso ! Esta mañana, le dijiste a tu madre, no sé qué... Ahora lloras sin motivos. Si sigues así, nunca más te llevaré conmigo...

## IV

Antaño, vivía con nosotros una prima de mi madre. Era alguien difícil de soportar y tan singular, "tan original", tan desequilibrada en su actuar, que uno "nunca sabía a que atenerse con ella". Unas veces, me abrumaba con mimos y con regalos, y, un minuto después, me golpeaba sin motivo. ¡Zis ! ¡Zas ! Bofetones por nada. A menudo, ella me pellizcaba el brazo, con disimulo, cuando pasaba a su lado en los pasillos, o bien, si la rozaba en la escalera, ella me besaba con furia. Nunca sabía a qué atribuir sus efusiones o sus golpes, igualmente desagradables. Y todo lo que ella hacía, parecía obedecer a las sugerencias de una incomprensible locura. A veces, permanecía encerrada días enteros en su habitación, triste, llorando ; al día siguiente, presa de una ruidosa alegría y desbordante de actividad, cantaba. La ví remover en la hoguera, enormes leños que movía inutilmente, y, en el jardín, cavar la tierra, con más ardor que un terraplenador. Era bien fea, tan fea que nadie la había pedido en matrimonio, a pesar de sus seis mil libras de renta. En la familia suponíamos que sufría mucho por ser solterona, y que allí estaba la causa de sus actos desordenados. Tenía la cara rojiza, la piel seca y como quemada, y, levantada en escamas cenicientas por un fuego interior, con el pelo ralo y corto, muy flaca, un poco arqueada, mi pobre prima era realmente fea cuando se la veía. Sus súbitas caricias me incomodaban aún más que sus cóleras imprevistas. Cuando me besaba, con furia, tenía gestos tan duros, movimientos tan bruscos, que prefería más bien que me pellizcase el brazo.

Un día, como consecuencia de una conversación banal, y que enseguida terminó en querrela, se marchó. Se marchó sin decirnos a dónde se iba. Se fue con sus maletas y sus muebles y tan enojada que ni siquiera nos quiso dar un beso y, durante cuatro años, ya no escuchamos más hablar de ella. De tanto buscar terminamos sabiendo que vivía sola en un pequeño pueblo en Normandía, cerca del mar. Según decían las personas que nos informaron, en su casa había un misterio. Allí llegaba, casi todos los domingos, un suboficial de dragón, en guarnición en la ciudad vecina.

– Eso no me sorprende – decía mi madre... Eso la perturbaba... Ya se veía que eso la perturbaba...

Ella no lograba hacerse a la idea de que había perdido una herencia que siempre había considerado como suya. Este suboficial atormentaba sin cesar su pensamiento y la perseguía hasta en sueños. A menudo, en silencio, de golpe, decía sin dirigirse en particular a ninguno de nosotros :

– ¡Ojalá no se le ocurra casarse con él !.

Le escribió varias cartas cariñosas, a mi prima, quién no se dignó en contestarle.

Tiempo después, supimos que el suboficial de coracero, que se había ido a una guarnición lejana, había sido reemplazado por otro suboficial de dragon, el cual a su vez fue reemplazado por otro suboficial de no sé qué ejército. Sin duda alguna, mi pobre prima no subía de grado.

Y recuerdo que, una noche de invierno, una noche de lluvia recia, el ómnibus del hotel se detuvo delante de la reja, cargado con maletas y paquetes. Mi prima se bajó de éste, sacudió con fuerza la campana, y en medio de caras de pasmados, exclamaciones de la gente de la casa en movimiento, entró, vivaracha y nerviosa, como antes, pero aún más flaca, más arqueada, con la cara más rojiza. Sencillamente dijo :

– ¡Soy yo !... Estoy de regreso... eso es todo...

– ¿Trajiste tus muebles ? – le preguntó mi madre...

– Sí, ! traje mis muebles ! – respondió mi prima... Tengo todo... estoy de regreso ¡ es todo !

Y la vida retomó su curso como antes... Mi prima me encontró cambiado y alto.

– ¡Pero qué bello eres! ... Todo un hombre... un verdadero hombre, ahora... acercáte para que te vea mejor...

Ella me examinó, me tanteó los brazos y las pantorrillas.

– Un encanto de hombre, ¡un encanto de hombrecito ! – concluyó abrazándome como queriendo romperme las costillas, contra su seco y duro cuerpo de vieja loca.

Pronto, tanto su cariño como sus maldades tomaron una forma exasperante que me asustó. A veces, después de almorzar, me arrastraba, corriendo, como una niña, hacia el fondo del jardín. Allí había una sala y, en ésta, un banco. Nos sentábamos en el banco sin decirnos nada. Mi prima recogía en el suelo una ramita seca y la mascaba con rabia. Su cara rojiza se encendía con tonos más encendidos ; su piel escamosa se ponía tirante sobre el arco tensionado de sus mejillas y, en sus ojos congestionados, dando vueltas como las barcas en los remolinos, relucían extraños fulgores.

– ¿Por qué no me dices nada ? – preguntaba, al cabo de algunos minutos de incómodo silencio.

– Pero, prima...

– ¿Te doy miedo ?

– Claro que no, prima...

– ¡Ah ! ¡mira ! ¡qué mal puesta tienes la corbata !... ¡Qué desordenado pareces !

Y atrayéndome hacia ella, me arreglaba el nudo de la corbata con gestos vivos y duros... Sentía que los huesos de sus dedos se frotaban contra mi garganta ; su aliento soso, de un calor agrio, ofendían mis narices. Me hubiera gustado mucho marcharme – no porque sospechase de algún peligro, sino porque esas prácticas me resultaban insoportables.

– ¡Vamos ! ¡ Dí algo !... ¡ Qué tonto eres !... ¡Qué zoquete eres !

Y, de golpe, como empujada por un muelle, se levantaba, pateaba el suelo con impertinencia y me lanzaba un fuerte bofetón.

– ¡Toma ! ¡Coge !... ¡Eres un tonto !... ¡Eres un bicho!... ¡un bicho malo !...

Y se marchaba rápidamente, ahogando en su carrera el ruido de un sollozo...

Una tarde, mi prima y yo estábamos sentados en el banco, en la sala del jardín.

Hacía mucho calor ; pesados nubarrones de tempestad se amontonaban en el Oeste.

– ¿Por qué lanzas esas miradas así a Mariette ? – me preguntó de golpe

mi prima.

Mariette era una sirvientica que teníamos entonces, y en la que me encantaban, es verdad, sin mezclar allí pensamientos turbios, su piel fresca y blanca, y sus cabellos rubios hasta la nuca.

– Pero si yo no miro a Mariette – le contesté, sorprendido por la pregunta.

– Te digo que la miras... no quiero que la mires... eso es malo... se lo diré a tu madre.

– Te lo juro, prima – le insistí...

No tuve tiempo de terminar la frase... Estrechado entre los brazos, sofocado, molido por mil brazos, diríase devorado por mil bocas, sentí que se acercaba a mí algo horrible, desconocido ; luego sentí que una bestia feroz me envolvía, que se arrastraba sobre todos mis miembros. Forcejeé violentamente... empujé a la bestia que parecía multiplicar sus tentáculos a cada segundo ; la rechacé con mis dientes, mis uñas, mis codos, con toda mi fuerza desencadenada por el horror.



Hokusai (1760-1849), *Le Rêve de la femme du pêcheur*

– No... no... no quiero... – le grité... Prima, no quiero... no quiero...

– ¡Entonces cállate !... ¡Cállate, pequeño monstruo ! – protestaba mi prima, cuyos labios rodaban sobre mis labios.

– No, pare, prima... pare... ¡O llamo a mi mamá !...

El abrazo se aflojó, abandonó mi pecho, mis piernas... Los tentáculos volvieron a su funda... Mis labios liberados pudieron, aspirar una bocanada de aire fresco...y entre las ramas, ví a mi prima, huyendo a través de los canteros, hacia la casa...

No me atreví a volver sino hasta el anochecer, a la hora de la cena, inquieto, con la idea de volver a ver a mi prima.

– Tu prima se fue – me dijo mi padre, con cara de preocupado. Tuvo una pelea con Mariette. Ya la conozco. Esta vez, nunca más volverá. ¡Todo un lío !

La cena fue silenciosa y morosa. Cada uno miraba la silla vacía de seis mil libras de renta.

No volvimos a ver más a mi prima.

¡He aquí cómo supe lo que era el amor !

## V

Ahora, quiero hablar sobre el único amor que, iluminó mi vida por un instante, como dicen los poetas. Y ya veremos de qué manera.

Había crecido. Tenía un bozo pelirrojo que dibujaba, encima de mis labios, el arco de un bigote apenas naciente, y aunque durante el difícil y discordante período del desarrollo, tenía unos brazos y unas piernas demasiado largas que hacían que mi modo de andar fuera desgarbado y un poco cómico, un torso demasiado corto y demasiado huesudo, bajo la piel – imperfecciones plásticas que se acentuaban de manera singular con los prodigiosos trajes, vueltos a recortar en la ropa vieja que fue de mi padre, y con los que mi madre me vestía de manera ridícula –, yo no me veía feo. Al contrario. Mi mirada tenía una gran dulzura, un brillo triste y profundo, muy conmovedor, que moderaba con una gracia de ensueño lo ridículo con los que me hacían pagar los crecientes ajustes económicos, debido a la fantasía del corte casi genial, hasta la risa crujiente de la caricatura. Durante mucho tiempo guardé una fotografía hecha, un día de prodigalidad, por un artista de feria, que estaba de paso por casa. Me muestra a la edad de la que hablo y con ese disfraz, que considero casi como un crimen de lesa-infancia. A pesar de todas las melancolías, a pesar de todos los recuerdos odiosos que esa antigua imagen provocaba en mí, a menudo se me ocurre mirarla y no me cuesta reconocer allí, bajo la barroca vestimenta, algo bello que tenía el don de conmoverme hasta hacerme llorar.

Hasta el día en que, en la sala del jardín, mi pobre y dolorosa prima había intentado violarme a medias, como ya lo conté, había permanecido virgen hasta el momento. La pubertad, lenta y tranquilamente, sin brusquedad, sin sacudidas, sin sobresaltos de ningún tipo, me transformaba. A ese fenómeno fisiológico correspondía una cada vez mayor expansión de todo mi ser en la naturaleza, y nada más que eso. Me encantaban más aún, adoraba con un amor indescriptible, las flores, los árboles, las nubes, las estrellas del firmamento nocturno ; me hubiese gustado casarme con todas las formas del ambiente, fundirme con todas las músicas. Eran, como sabemos, sensaciones muy imprecisas, en las cuales ningún deseo se precisaba. Pero el día en que, de manera brutal e incompleta, tengo que decirlo, me fue revelado el misterio del acto sexual, ya no tuve un minuto más de tranquilidad física y moral. Extrañas obsesiones surgieron

sacudiendo mi carne despierta y poblaron mis sueños de ardientes imágenes, en donde la pureza se fue volando. A las mujeres que, hasta entonces, merecían la misma consideración que los hombres y cuyo contacto me dejaba insensible, las miraba cada vez más, con una asombrosa insistencia, lleno de dudas y con insaciable curiosidad. Miraba sus ojos, sus labios, sus manos, buscando allí en donde podía nuevos significados. Miraba los pliegues de sus blusas, abiertos en la nuca y en la garganta, y las desvestía en mi mente intentando, a través de mediocres comparaciones, reconstruir la línea de sus cuerpos, la curva de sus caderas, la redondez del vientre, el florescimiento suntuoso de los pechos, y todo lo que ignoraba de sus formas veladas, de todos sus órganos prohibidos. Nada más frotarlas al pasar, me hacían correr por las venas una sangre más caliente y que a veces aceleraba como un galopar furioso los látidos de mi corazón.

No tenía otras indicaciones que aquellas, furtivas, tan rápidas y gesticulantes, al ver y al tocar que adquirí en esa lucha memorable con mi prima ; por otro lado, nunca había leído nada, puesto que me escondían todos los libros, por miedo a que me pervirtiesen; tampoco, jamás había visto una imagen de desnudo, ya que los cuadros y los grabados que adornaban las paredes de la casa no representaban más que perros, frutas, pájaros, un molino a orillas de un río, santos y bondadosas Vírgenes. Por lo demás mi vida había sido preservada de todo contacto con compañeros, de los cuales no había recibido ni confidencias, ni aclaración alguna, a las preguntas que me asaltaban. Aceptaba, de buena gana y sin protestar, que sencillamente los niños fueran traídos por la cigüeña. En la primavera, las aves en las ramas, los gallos en los corrales, los perros que encontraba, en las calles, en extrañas posturas, los insectos acoplados en la hierba, nada, de ese acercamiento incesante de las formas vivas con las que vivía, habían podido perturbar la impasible serenidad de mi alma, ignorante y pura como una estrellita celeste. Y he aquí que, ahora por haber sido tocado ligeramente por las manos y la boca de una mujer fea y vieja, de haber sentido sobre mi piel, la suya eczematosa de hembra en celo, me agotaban esas continuas imaginaciones, que el impudor ingenuo y la candidez lujuriosa debían desvanecerse – ¡ah, tan dolorosamente ! – delante de la realidad.

En el pueblo no había ni chicas guapas, ni mujeres aptas para la experiencia que quería hacer. Todas eran vulgares o repulsivas, o con palabras y gestos tan groseros que me bastaba con hablarles para huir de ellas. Sin embargo, muchas veces, al anochecer, merodeaba cerca de la morada de una fea criatura, que estaba casi siempre borracha, y quien por

algunas copas de aguardiente y dos monedas se daba a los jornaleros.

Una sola me gustó. Era morena de pelo y de piel bronceada, con caderas ágiles y la mirada ardiente, desprendía, como una flor salvaje, un olor de fuerte y poderosa juventud. Tenía una dentadura muy blanca, algo raro entre nosotros, y unos labios bien rojos, carnosos con una pulpa húmeda y generosa. Todos los días, hacia mediodía, iba al lavadero, con un hato de ropa en equilibrio sobre la cabeza. Ella tenía el cuello al desnudo, las mangas recogidas hasta los codos, la fina tela de su falda bien pegada a sus muslos, y toda su oscura y morena cabellera espolvoreada de espuma de jabón, trabajaba como un hombre y cantaba como un mirlo. Como ella cada día, yo también iba al lavadero, a las horas en la que estaba seguro de encontrarla. Pero, como nunca estaba sola y que desconfiaba de las mofas de las atrevidas comadres que eran sus compañeras, no me atreví a hablarle, ni una sola vez osé abordarla. Además, mi familia, intrigada por esas frecuentes salidas, a las que no estaba acostumbrado, me vigiló y me castigó severamente, encerrándome en casa.

Fue entonces cuando pensé en Mariette, nuestra sirvientica, a quién mi prima me había acusado injustamente de haber prodigado atenciones y deseos. Ella era realmente encantadora, la tal Mariette, y me reprochaba a mí mismo el no haberme fijado en ella desde la primera vez. Bien rubia y lozana, con la frescura radiante de una flor, con el busto flexible, las caderas redondas y rellenas como un bulbo de azucena, con ojos azules asombrosos y lánguidos, de golpe, a pesar de sus rudos vestidos de campesina y sus pesados zuecos, me pareció que era igual a una pequeña hada o a una pequeña reina. Esta imagen iluminó mi alma con una luz enceguedora. Desde que estaba en la casa, apenas si le había hablado dos o tres veces. Al ser repelido una y otra vez, so pena de insoportables burlas, condenado a callar, todo eso lo vuelve a uno poco comunicativo.

– ¡ Cómo es posible que no me haya fijado antes en ella ! – me decía a mí mismo con gran remordimiento... ¡ Yo que vivía a su lado ! ¡Oh Mariette !... ¡Mariette !... ¿Cómo he podido estar tan ciego durante tanto tiempo ?... ¿Cómo he podido, durante tantos meses, despreciar tal tesoro ?...

Yo la llamaba ¡tesoro !, ¡lo juro ! Sin jamás haber leído un libro de amor, todo el vocabulario amoroso, el diccionario entero de tontas caricias y de impulsos ridículos me venía a la mente de manera espontánea. Sin embargo, no estaba enamorado, en el sentido poético de la palabra. No soñaba ni con

desvelos sobrehumanos, ni con sacrificios extraterrestres, ni recorrer con ella, entre vuelos de ángeles, los espacios celestes y las hiperliricas tierras a donde llevan los poetas a sus incorpóreas amantes. No sentía la embriaguez mística de morir, ni la necesidad de transmutar mi cuerpo en el alma de una paloma o de un cisne. No, lo que yo quería, era tirarme encima de Mariette, como mi prima se me había tirado encima ; era sobretodo arrancarle, con mis dedos garrafudos, esos velos de vulgar india que se interponían entre ella y mi deseo de conocerla íntegra... ¡Gozar de su esplendor al desnudo !

El amor me había vuelto valiente. Además, a mis ojos, Mariette no era como hubiese sido otra mujer. Era nuestra sirvienta dócil y respetuosa. Ejercía sobre ella una cierta autoridad y, aunque pareciera poco evidente, el prestigio del amo.

Me quedaba en la cocina en las horas en que tenía la suerte de que no me sorprendiesen mis padres. El momento no tardó en presentarse, durante el cual, tras un breve y endeble lucha, después de tímidos y langurosos : « ¡Termine, entonces, Señor Georges ! », Mariette se me entregó, encima de una vieja silla, junto a la mesa, entre un jarrón de barro en el que estaban en remojo unos pedazos de bacalao y un pollo al que ella acababa de sacar las entrañas.

## VI

Esto revolucionó por completo mis sentimientos y por consiguiente, mi existencia. Al contrario de lo que los poetas cuentan sobre la influencia “sublimatoria” del amor, el amor mató cualquier poesía en mí. No volví a ver las cosas a través del mismo velo misericordioso y seductor de la ilusión, y descubrí la degradante realidad, que, por lo demás, no es más real que el sueño, puesto que lo que vemos a nuestro alrededor, es nosotros mismos, puesto que lo exterior de la naturaleza no es más que el aspecto plástico, proyección de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad.

¿Acaso lo que provocó el desmorone de mi antiguo ideal era el lugar tan vulgar en donde se llevó a cabo el prodigio ? ¿O era el objeto mismo de mi pasión, ese pobre, obstinado e insignificante ser, inconsciente y pasivo, que no lograba ,con su prestigio y su belleza, hacer que permaneciera en mí aquella exaltación del universo, con la cual mi vida siempre había sido embellecida, hasta en la mediocridad y el sufrimiento, y había sido tan dramatizada, hasta en la somnolencia y el embrutecimiento ? No lo sé... no, realmente, no lo sé...

Sin embargo tenía suficiente imaginación como para transformar esta descolorida cocina en un palacio de mármol, en un bosque encantado, en un jardín mágico. Me bastaba poco para que las cacerolas de cobre se transformaran en flores magníficas ; para que el pollo muerto resucitase convertido en un pavo real orgulloso de su brillante plumaje ; para que el jarrón lleno de agua se convirtiese en una fuente, un lago, un mar. E incluso la misma Mariette, ¿ qué tan difícil sería, dar un golpe con la varita mágica, para que se me apareciera como una deslumbrante divinidad, adornada de estrellas y en un trono celestial ? Esos fenómenos de alucinación daltónica no son raros en los enamorados y los poetas, para quiénes, por muy desprovistos de imaginación que estén, los pobres sargas y los más calamitosos droguetes no tardan mucho en convertirse, de repente, en fastuosos brocados, en telas con hilos de oro, y en púrpuras reales. Las desconocidas que immortalizan en sus poemas, detrás de paisajes simbólicos o de columnatas sardanapalescas, sus virtudes heroicas o las sangrientas lujurias, a menudo no han sido más que seres enclenques y repulsivos, Beatrices del hospital y Elviras de la calle, o bien pacientes cocineras, astutas maritornes, que conquistaron el alma del cantor etéreo, con una buena salsa.

Lo mío no fue tal y no busqué, en ese amor, nada más que el amor carnal, violento y nuevo que me procuraba. A falta de esa mentira fastuosa en la que mi vanidad hubiese podido complacerse en erigir, como un ídolo de misterio, de derroche o de sacrificio, la imagen superhumanizada de Mariette, hubiera al menos podido, servirme de esa criatura de Dios para depositar en ella mis efusiones, mis inquietudes y todos los ardores intelectuales que, con el silencio, desde hacía mucho tiempo, desde el despertar de mi consciencia, se habían acumulado dentro de mí. Hubiera podido pagarme esa ilusión ennoblecedora de hacer de esta pequeña cenicienta la confidente y la consejera de mi alma. Nunca antes había hablado con alguien, nadie había significado algo para mí. Mi padre, mi madre, mis hermanas, significaban menos que los transeúntes, menos que los árboles y menos que las piedras, ellos que no protestan cuando se les hace una confidencia, y que recogen, sin reírse, las lágrimas de los que lloran. La ocasión perfecta – es ahora cuando me doy cuenta – de trasvasar lo que desbordaba en mi corazón en otro que me pertenecía. ¡Pues no ! Ni siquiera lo pensé un minuto. No porque me pareciese excesivo y ridículo atribuirle ese papel a una chica estúpida, que no hubiese sabido qué hacer. Sino que, en verdad, mis inquietudes habían desaparecido, y ya no sentía la necesidad de otras efusiones que las que me procuraba el sexo, ni de otras penetraciones que las de su carne. Todo por lo cual antes me sentía tan conmovido, tan atormentado : mis adoraciones místicas, mis caricias panteístas, mis entusiasmos confusos, mis impulsos desordenados por poesías imprecisas y violentas, y los enigmas angustiosos de toda la vida, y el terror al cielo nocturno, todo eso que había sido mi infancia, todo eso, hoy en día, se resumía llanamente, despiadadamente, sólo al deseo carnal.

Creo que nunca le dije una sola frase tierna a Mariette. Y no sentíamos la necesidad, ni yo de decírsela, ni ella de oírla. Esa pequeña jerga de sentimentalismos estúpidos y cándidos con los que yo había comenzado a seducirla – ¡ vaya ! !seducirla ! –, no lo utilicé nunca más cuando nos encontrábamos, casi a diario, ni ninguna otra jerga, ni otro lenguaje. Ella, la que hablaba tanto con los otros, quién si veía una mosca saltar la hacía reír hasta que se le salían las lágrimas, tampoco nunca me decía nada, sino cuando me decía asustada, cuando escuchábamos algún ruido en la casa : « ¡Cuidado, Señor Georges... es el Señor ! » No siempre era el Señor, no era más que el crujir de un mueble o la rascadura de un ratón comiéndose las sobras del queso, en la alacena que estaba a nuestro lado. Cuando yo llegaba a la cocina, ella ya sabía para qué y se preparaba, sin alegrarse, sin apurarse,

aplicada y puntual. Hubiese dicho que eso formaba parte de sus servicios, como poner a asar un pedazo de carne o barrer el comedor. Además, no me gustaba estar junto a ella mas que a la hora del Deseo. Y, una vez satisfecho el Deseo, me iba, tan callado como había llegado. Ella volvía a sus quehaceres, poniéndolo en orden ligeramente sus enaguas como hacen las gallinas que se sacuden después del ataque brutal del gallo.

Sin embargo, sentía celos por ella, y cuando la veía hablando y riéndose con los proveedores, sobretodo con el carpintero quien la divertía con sus pesadas bromas y una obscena alegría, eso me provocaba un verdadero desagrado y casi me hacía sufrir.

Así duramos seis meses, sin tropiezos y sin alarmarnos, salvo que mi padre me miraba de manera más insistente que de costumbre.

Una noche, mi madre se fue a la iglesia en donde se celebraba la misa del mes de María. Aún era de día y el crepúsculo era encantador y muy suave. Alrededor de la casa, se sentía un fuerte olor de lilas. Mi padre debía estar en el jardín, recogiendo caracoles. Me fui a la cocina. Mariette no estaba por allí. La busqué en las otras habitaciones, la busqué por toda la casa. Sin ningún resultado. Entonces, bajé al jardín. Mi padre tampoco estaba allí. Recorrí todos los senderos y los macizos, en vano. Pensé que mi padre tal vez había salido. Pero ella, Mariette, ¿por dónde andaba ? Un poco sorprendido y, debo confesarlo, muerto de celos, volví a la cocina y allí, noté que Mariette no había terminado de comer.

– Tal vez vino el carpintero – pensé... y ella se fue con él a algún lado...

Me dirigí hacia la verja, desviándome por el gallinero. Si no la encontraba en el gallinero, tal vez la vería en el camino, haciendo chiquilladas con los hombres, con ese maldito carpintero al que le atribuía, de manera exagerada, cualidades de seductor. Y he aquí que, delante de la puerta de la granja, vi al perro, sentado sobre su trasero, oliendo insistente la entrada. No se inquietó con mi presencia. Conocía su manera de oler las ratas y los ratones y enseguida comprendí que lo que estaba oliendo en el instante, no eran bichos ordinarios.

– ¡Allí está Mariette ! – dije para mis adentros. Está allí, con el carpintero.

Y por primera vez, sentí una punzada en el corazón. Di unos pasos, suavemente, sin hacer ruido ; luego empujé al perro con mucha cautela, me acerqué y pegué la oreja a la puerta.

Primero, no escuché más que los latidos de mi corazón. Luego, se escuchó un ruido más nítido, el ruido de la paja removida. Diríase que las gavillas de paja se venían abajo una por una. Luego, una voz, una voz sofocada, que no pude identificar si era la de un hombre o de una mujer... Luego dos voces al mismo tiempo, dos voces sofocadas, dos voces que parecían reír, o llorar, o quejarse, no lo sé. Y de golpe, sin poder soportarlo más, impaciente por sorprender a esas dos voces, de las cuales una me parecía que era la de Mariette, empujé enojado la puerta de un manotazo y entré en la granja. Pero la sorpresa – más que la sorpresa –, una especie de terror me detuvo en el umbral ; y vi, en la penumbra que doraba un poco la luz del día penetrando por la puerta abierta cuando entré, vi a mi padre levantarse, con el pelo desordenado, pálido y entre las manos recogiendo con ambas manos su ropa dispersa, mientras que Mariette, estupefacta, con los senos al descubierto, se esforzaba por esconderse y desaparecer en un hueco del pajar.

Me quedé allí unos segundos, sin saber si debía seguir o salir huyendo ; por fin, elegí esto último.

Al día siguiente, mi padre se me acercó, en el jardín. Me dió veinte francos, y sin mirarme, me dijo :

– Ayer... en la granja... si, tú ya sabes, ayer... había una garduña... La estaba buscando... entiendes... bueno, la estaba buscando... y entonces, no es necesario que... se lo cuentes a tu madre... porque tu madre... entiendes... le tiene mucho miedo, a las garduñas... eso la preocuparía...

Y vi, en su frente, que sudaba a chorros...

**Octave Mirbeau, *Les Souvenirs d'un pauvre diable*,**  
*Le Journal*, 28 de julio, 4 de agosto, 11 de agosto,  
21 de agosto, 25 de agosto y 1 de septiembre de 1895.